

¿Es el Salvador una nación sin indios?

Segundo Montes*

Hablar de los indígenas de El Salvador actual puede sonar extraño. Se diría que se trata de una "preocupación anacrónica de algunos antropólogos". La conciencia nacional, las vivencias cotidianas y la actualidad política están, en efecto, alejadas de este problema que parece pertenecer al pasado y no ser más que un objeto de estudio para especialistas. Si bien algunos rasgos indígenas subsisten, un extraño diría que éstos pertenecen a lo folklórico ya que se encuentran mezclados con elementos de origen hispánico: danzas, disfraces para el día de la Virgen de Guadalupe y otras festividades populares. En algunos pueblos aislados, se puede ver que ciertas mujeres llevan todavía sus vestidos tradicionales, pero son pocos los casos. Sin embargo, aún hay muchos indígenas en El Salvador, aunque no constituyen unidades culturales, sociales o políticas.

De la Conquista a las leyes desfavorables a las comunidades

En la época precolombina, en lo que es el territorio de El Salvador, se habían establecido grupos mayas en el oeste del río Lempa; en el este, se encontraban los lencas. Oleadas migratorias de nahuas que venían del centro de México, irrumpieron en los pueblos mencionados; aunque se detuvieron en los márgenes del Lempa, pudieron asimilar lo que creyeron que les era útil y llegaron a tomar el lugar de aquellas civilizaciones y culturas.

A la llegada de los españoles, existían todavía cuatro grupos relativamente autónomos que tenían intercambios y celebraban pactos entre sí: los señoríos de Cuscatlán, de los izalcos, de los nonualcos y de los lencas. A pesar de que estos grupos eran belicosos, la conquista en realidad no representó una gran dificultad para el ejército pequeño de Pedro de Alvarado, que estaba apoyado por mexicanos fieles.

Como en el resto de Mesoamérica, la encomienda fue el instrumento de dominación y explotación que los conquistadores utilizaron para imponer su sistema. Sin embargo, la región de Izalco, en cierta medida gozó de condiciones especiales: se les permitió a los indígenas tener una cierta autonomía sociopolítica con el objeto de que pudiesen aumentar la producción de cacao y bálsamo, productos en los que se interesaban enormemente los españoles. Las encomiendas no afectaban a las regiones más importantes productoras de esos artículos. Al principio los españoles que se establecieron en territorio salvadoreño eran poco numerosos, pero su número creció cuando el cultivo y la utilización del añil se convirtieron en un elemento importante de la economía. Varias comunidades indígenas subsistieron paralelamente al lado de pequeñas aldeas de "españoles". Pero a pesar de las "Leyes de Indias" (que cuando eran aplicadas impedían la extinción de los indígenas), la tendencia se inclinaba hacia el mestizaje y la ladinización. En el momento de la independencia nacional, se contaba con un 20% de blancos, un 22.5% de indios y un 57.5% de mestizos.¹

* Antropólogo de la Universidad Centroamericana José Siméon Cañas (UCA de San Salvador).

¹ Otras estadísticas calculan que en tiempos de la Independencia había un 43% de indios (NDLR de la revista *ethnies*).

Cuando los liberales llegaron al poder en el siglo XIX, en El Salvador, como sucedió en otras partes, se promulgaron leyes con la finalidad de transformar las "tierras comunales" en propiedades privadas. Se tomaron tales medidas no sin justificarlas y legitimarlas ideológicamente: se pretendía favorecer el liberalismo económico, aumentar y modernizar la producción, y con ello toda la nación se beneficiaría. Pero la realidad subyacente era el deseo de apropiarse de las tierras de los indios, sobre todo de aquéllas en que se podía sembrar café. El "liberalismo" también fue la "ley contra la vagancia": los que no tuvieran tierras propias y no estuviesen permanentemente empleados en una finca, eran considerados vagos y se les obligaba a trabajar en las fincas que tuvieran necesidad de mano de obra. Para que esas medidas se aplicaran con eficacia, se creó un cuerpo especial para el campo: la policía rural.

Las comunidades indígenas se vieron, por lo tanto, privadas de sus ancestrales medios de subsistencia: las tierras comunales. Sin un fundamento económico, pronto padecieron el deterioro irreversible de su organización étnica, cultural, social y política.

1833-1932. Nonualcos e izalcos

Dos grupos indígenas pudieron conservar una identidad étnica y cultural durante la colonia: los nonualcos en la zona central meridional, y los izalcos en la región occidental del país. Otras comunidades habían podido sobrevivir gracias a las cofradías, a las tierras comunales, etc., pero ya no eran más que restos de señoríos desaparecidos.

Después de la Independencia, en la que los indígenas no participaron ni obtuvieron ningún provecho, un indio nonualco, Anastasio Aquino, encabezó una rebelión en 1833, cuando los países centroamericanos aún estaban confederados. Pronto se convirtió en una leyenda para los suyos y en una pesadilla para el gobierno local y para los beneficiarios de la Independencia y del sistema imperante. Las quejas de los indios en armas se referían a la explotación de la mano de obra en las plantaciones y talleres de producción de añil, a la reducción de las tierras comunales, al reclutamiento y la muerte de hombres, mujeres y niños en las constantes batallas que libraban caudillos y caciques. Durante algunos meses las tropas de Anastasio Aquino pusieron en jaque a las del gobierno, se apoderaron de algunas aldeas de la región e hicieron incursiones en la ciudad de San Vicente



Foto de Chris Steele Perkins/Magnum.

donde residían numerosos y ricos productores de añil. Corría el rumor de que Anastasio Aquino se había convertido en "rey de los nonualcos", de que se había coronado como tal en la iglesia de El Pilar de San Vicente. Todo se dijo y se intentó para justificar con argumentos de esa índole su proceso y la masacre de casi todos sus seguidores.

La represión que siguió a la captura, el juicio y la ejecución del jefe indígena, debía servir de ejemplo y tenía por finalidad impedir toda nueva tentativa de desestabilizar un poder político, social y económico débil. Ser indígena y originario de la región de Nonualco se volvió motivo de persecución y llevaba en muchas ocasiones a la muerte. Para escapar de la masacre, muchos emigraron en busca de lugares más seguros y se escondieron en el interior del país o en el extranjero. La consecuencia inevitable de la persecución fue el proceso de ladinización de los indios. Ya sea en los nuevos lugares o en los antiguos, los nonualcos para evitar la represión, abandonaron sus vestidos, lengua, costumbres y su organización social, cultural y política.

Un siglo más tarde, en enero de 1932, en el oeste del país, en los departamentos de Sonsonate, de Ahuachapán y en el sur del de Santa Ana, hubo un levantamiento campesino con una buena cantidad de participantes indígenas. El dirigente principal de la comunidad de Izalco, José Feliciano Ama, se sumó al movimiento insurreccional, con la esperanza de obtener para los suyos una mayor autonomía política y económica. Esta vez se quiso justificar la represión del alzamiento calificándolo de "revolución comunista". La gran depresión económica mundial que había dejado sin trabajo y sin medios de subsistencia al campesinado proletariado de las fincas de café, la falta de tierras en las que sembrar cereales básicos para la alimentación y también las reivindicaciones étnicas de los indígenas constituyeron las causas profundas del movimiento.

Durante tres días los rebeldes lograron controlar cinco pueblos de la región de Izalco, pero no pudieron detener al ejército ni a la guardia nacional, los que arrasaron todo a fuego y sangre e implantaron un régimen de terror. Hubo 30 000 muertos, en su mayoría indígenas, es decir, más de la cuarta parte de los habitantes de la región. Después se observaron las mismas escenas que con los nonualcos, un siglo antes. Algunos sobrevivientes huyeron a otras regiones del país, a Guatemala o a Honduras. Se consideró sospechosos a los que permanecieron en la zona y se les persiguió. Siendo para ellos fatal el signo más pequeño de identidad indígena,

tuvieron que renunciar a sus vestidos, a su lengua, a sus tradiciones, a su cultura y a su organización social. Todavía en nuestros días no han logrado reconstruir su unidad en tanto que pueblo; adoptando un comportamiento pasivo y temeroso, se contentan únicamente con evocar su pasado y no hablar de él.

Los indígenas y el conflicto actual

En algunos pueblos del interior, especialmente en la región de Izalco, todavía pueden verse indias vestidas con sus trajes tradicionales, pero son pocas. Los ancianos "confiesan" que aún conocen algunas palabras náhuatl, pero la mayoría de la gente afirma que no habla esa lengua aunque la empleen en la intimidad de sus ranchos. Las cofradías, carentes de recursos suficientes para su funcionamiento, se han debilitado. Se sospecha que son un medio para afirmar su identidad y autonomía y, por ello, un freno para la integración nacional. Sin embargo, todavía sirven para organizar ceremonias religiosas, especialmente en la Semana Santa; mantienen así una diferencia cultural, lazos de solidaridad y algunas relaciones comunitarias.

En los últimos años, los grupos indígenas, que en otra época fueron los más movilizadores, los más activos y los más revolucionarios, se han quedado al margen de un conflicto que no deja de afectarles. Las organizaciones y movimientos campesinos que han servido de fundamento a la guerrilla, no han hecho mella en estos grupos. Sin embargo, últimamente se ha hablado de acciones de guerrilla en la región de Nonualco.

Hace unos años surgió, principalmente en la región de los izalcos, una Asociación Nacional Indígena Salvadoreña (ANIS) que dice contar con 1 800 miembros, y que está actualmente afiliada a la Unidad Popular Democrática (UPD), la que a su vez está unida al Partido Demócrata Cristiano (PDC). A pesar de esta afiliación o justamente por ella, el poder de la primera es tan débil que no ha podido lograr que se esclarezcan las circunstancias de los asesinatos de 74 indígenas de una cooperativa de la zona de Izalco afiliada al ANIS, y mucho menos que sean juzgados y condenados los culpables de tal masacre perpetrada en la finca Las Hojas, el 22 de febrero de 1983.

San Salvador, octubre de 1985.